ALGO SUCEDERA

Mi estancia como empleado en la fábrica de Wunsiedel constituye uno de los capítulos más notables de mi vida. Aunque por naturaleza soy más inclinado a la meditación y al ocio que al trabajo, de cuando en cuando mis permanentes dificultades financieras me obligan —ya que la meditación produce tan poco como el ocio—a aceptar eso que la gente llama un empleo. Habiendo llegado una vez más a tan baja situación, me confié a la Bolsa de Trabajo. Yo y otros siete camaradas de infortunio fuimos enviados a la fábrica de Wunsiedel, donde deberíamos sufrir un examen de aptitud.

El aspecto de la fábrica ya me escamó: estaba construída totalmente con ladrillo de cristal, y mi aversión a los edificios y cuartos luminosos es tan fuerte como mi aversión al trabajo. Todavía me escamé más cuando al poco rato nos sirvieron un desayuno en la cantina, luminosa y de alegres colores. Lindas camareras nos trajeron huevos, café y tostadas y zumo de naranja en artísticas jarras. Peces de colores apretaban sus indiferentes semblantes contra las paredes de acuarios verde claro. Las camareras eran tan alegres que parecían casi reventar de alegría. Solamente un gran esfuerzo de voluntad—así me pareció—les impedía canturrear constantemente. Estaban repletas de canciones no cantadas como gallinas repletas de huevos no puestos.

Sospeché en seguida lo que mis camaradas de infortunio no parecían sospechar: que este desayuno también formaba parte del examen. Por consiguiente, mastiqué abnegadamente con la plena convicción de un hombre que sabe exactamente que está nutriendo su cuerpo con valiosos alimentos. Hice algo que en circunstancias normales ningún poder de la tierra hubiera conseguido de mí: bebí con el estómago vacío zumo de naranja, dejé sin tocar el café y un huevo, me puse en pie y recorrí la cantina lleno de dinamismo.

Fuí conducido el primero al aula donde, sobre coquetones pupitres, se encontraban preparados los cuestionarios.

Las paredes lucían un verde que hubiera traído a los labios de los fanáticos de la decoración la palabra "encantador". No se veía a nadie, y, sin embargo, estaba seguro de ser observado. Por tanto, me comporté

como un hombre lleno de dinamismo se comporta cuando no se cree observado: saqué impacientemente mi pluma estilográfica del bolsillo, la desenrosqué, me coloqué en una mesa cualquiera y atraje hacia mí el cuestionario, como las personas coléricas atraen hacia sí la cuenta del restaurante.

Primera pregunta: "¿Considera usted acertado que el hombre tenga solamente dos brazos, dos piernas, dos ojos y dos orejas?"

Recogiendo por primera vez el fruto de mis meditaciones, escribí sin vacilar: "Incluso cuatro brazos, cuatro piernas, cuatro ojos y cuatro orejas no satisfarían mi sed de actividad. El hombre está lastimosamente equipado."

Segunda pregunta: "¿Cuántos teléfonos puede usted atender al mismo tiempo?"

En este caso también fué la respuesta tan sencilla como una ecuación de primer grado: "Cuando solamente tengo siete teléfonos—escribí—me pongo nervioso; necesito, por lo menos, nueve para encontrarme completamente a gusto."

Tercera pregunta: "¿Qué hace usted después del trabajo?"

Mi respuesta: "Ya no conozco la expresión "después del trabajo". Cuando cumplí quince años la suprimí de mi vocabulario, ya que en el principio fué la acción."

Conseguí el empleo. A decir verdad, ni siquiera con los nueve teléfonos me sentía completamente a gusto.

Yo gritaba en los auriculares de mis oyentes: "¡Actúe usted inmediatamente!" o "¡Haga usted algo!", "Algo ha de suceder", "Algo sucederá", "Algo ha sucedido", "Algo debería suceder". Sin embargo, en la mayoría de los casos, me servía del imperativo, que me parecía más adecuado a la atmósfera. Muy interesantes eran las comidas en la cantina, donde rodeados de silenciosa alegría, consumíamos alimentos ricos en vitaminas. La fábrica de Wunsiedel rebosaba de gentes que se volvían locas por contar su "curriculum vitae", como precisamente gustan de hacer las personalidades de fuerte dinamismo. Su "curriculum vitae" es para ellos más importante que su vida. Sólo es preciso apretar un determinado botón para que lo vomiten pundonorosamente.

El encargado de Wunsiedel era un hombre llamado Broschek, que había adquirido cierto renombre, porque siendo estudiante había alimentado a siete hijos y a una esposa paralítica, a la vez que ejercía felizmente cuatro representaciones comerciales, y a pesar de ello, en el transcurso de dos años, había acabado dos licenciaturas con premio extraordinario. Cuando los periodistas le habían preguntado: "¿Cuándo duerme usted entonces, Broschek?", había contestado: "Dormir es pecado." La secretaria de Wunsiedel había alimentado a un esposo paralítico y a cuatro hijos, haciendo punto, se había doctorado al mismo tiempo en Psicología y Geografía, había criado perros pastores y se había hecho famosa como animadora con el nombre de "Vampiresa número 7".

El mismo Wunsiedel era una de esas personas que por las mañanas, cuando apenas se han despertado, ya se han decidido a actuar. "Debo actuar", piensan, mientras se afeitan y contemplan triunfalmente cómo desaparecen bajo el grifo los pelos y espuma de jabón de la maquinilla de afeitar. Estos restos pilosos son las primeras víctimas de su sed de

actividad. También las funciones más íntimas proporcionan satisfacción a estas personas: el agua corre, se utiliza papel. Algo ha sucedido. Se consume pan, se le corta la cabeza al huevo.

La acción más insignificante, ejecutada por Wunsiedel, revestía caracteres de operación comercial. Cómo se ponía el sombrero, cómo—trémulo de energía—se abrochaba el abrigo, el beso que daba a su mujer. Todo eso era acción.

Cuando entraba en su oficina, saludaba a su secretaria con un sonoro "¡Algo ha de suceder!". Y ésta contestaba alegremente: "¡Algo sucederá!" Wunsiedel iba entonces de departamento en departamento lanzando su alegre "¡Algo ha de suceder!". Todos contestaban: "¡Algo sucederá!". Yo también le contestaba cuando entraba en mi oficina con un radiante "¡Algo sucederá!".

En el curso de la primera semana aumenté el número de teléfonos a once; en el curso de la segunda, a trece, y me divertía por las mañanas, en el tranvía, inventar nuevos imperativos o conjugar el verbo suceder en sus diferentes tiempos y modos de Subjuntivo e Indicativo. Durante dos días repetí solamente la frase "Debería de haber sucedido algo". Me parecía hermosa. Durante otros dos, la siguiente: "Eso no debería de haber sucedido."

Así comencé a sentirme positivamente a gusto, como si realmente sucediera algo. Un martes por la mañana—todavía no me había instalado del todo—entró Wunsiedel precipitadamente en mi oficina lanzando su "¡Algo ha de suceder!". Yo tardé, desde luego, demasiado tiempo en contestar, ya que Wunsiedel, que por lo general raramente grita, vociferó: "¡Conteste usted! ¡Conteste usted como está mandado!". Y yo contesté de mala gana, como un niño al que se le obliga a decir "Soy un niño malo", sólo que con mayor esfuerzo, "¡Algo sucederá!", y apenas había pronunciado la tradicional frase, cuando algo sucedió efectivamente. Wunsiedel se desplomó en el suelo, y al caer rodó de costado, hasta quedar atravesado delante de la puerta abierta. Antes de levantarme de la mesa y avanzar hacia el caído, sabía que estaba muerto.

Saltando sobre Wunsiedel, me alejé moviendo la cabeza por el pasillo, en dirección a la oficina de Broschek, y entré en ella sin llamar. Broschek estaba sentado detrás de su mesa, un teléfono en cada mano, en la boca un bolígrafo con el que hacía anotaciones en un block, mientras con los pies descalzos hacía funcionar una máquina de hacer calceta colocada bajo su mesa. De esta manera contribuye a completar el vestuario de su familia.

—Algo ha sucedido—dije suavemente.

Broschek escupió el bolígrafo, soltó los dos teléfonos y separó lentamente los dedos de los pies de la máquina de hacer calceta.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó.

—El señor Wunsiedel ha muerto—dije.

—No—dijo Broschek—. Eso es imposible.

Pero se puso las zapatillas y me siguió pasillo adelante.

—No—dijo al encontrarnos delante del cadáver de Wunsiedel—, no, no.

Yo no le contradije. Cuidadosamente puse a Wunsiedel de espaldas, le cerré los ojos y le observé pensativamente. Experimentaba casi ternura

por él, y por vez primera me di cuenta de que nunca le había odiado. Su cara tenía la expresión de las caras de los niños que se niegan tozudamente a dejar de creer en los Reyes Magos, a pesar de los convincentes argumentos de sus camaradas de juego.

—No—dijo Broschek—, no.

—Algo ha de suceder—dije suavemente a Broschek.

—Sí—dijo Broschek—. Algo ha de suceder.

Algo sucedió: Wunsiedel fué enterrado, y yo fuí designado para llevar una corona de rosas artificiales detrás de su féretro, ya que no solamente estoy dotado con una inclinación a la meditación y al ocio, sino también con una figura y rostro admirablemente apropiados para llevar trajes negros. Evidentemente, mi aspecto, con la corona de rosas artificiales en la mano, detrás del féretro de Wunsiedel, fué grandioso. Recibí la oferta de una elegante empresa de pompas fúnebres de entrar en ella como acompañante fúnebre profesional.

—Usted es el acompañante fúnebre nato—me dijo el director—. El guardarropa lo proporcionamos nosotros. ¡Su cara..., sencillamente sensacional!

Me despedí de Broschek, alegando que no me encontraba completamente a gusto, que parte de mis facultades continuaban sin aprovechar a pesar de los trece teléfonos. Inmediatamente después de mi primer cortejo fúnebre, me dije: "Aquí perteneces. Éste es el sitio que te está destinado."

Pensativamente, permanezco detrás del féretro en la capilla ardiente, con un sencillo ramo de flores en la mano, mientras suena el "Largo", de Haendel, una pieza musical a la que no se presta la debida atención. El café del cementerio es mi local favorito. Allí paso los ratos que me dejan mis salidas profesionales. Sin embargo, a veces, también acompaño féretros para los que no he sido llamado, compro de mi bolsillo un ramo de flores y me junto a los funcionarios de Beneficencia Pública que acompañan el féretro de un desamparado. También, de cuando en cuando, visito la tumba de Wunsiedel, ya que al fin y al cabo a él debo el descubrimiento de mi verdadera vocación, una profesión para la que precisamente se requiere meditación y en la que el ocio es mi obligación.

Solamente mucho después se me ocurrió pensar que nunca me había interesado saber el artículo que producía la fábrica de Wunsiedel. Probablemente era jabón.

(Traducción de Ramón Osset.)